
La Pícaro Vida

Joaquín Dicenta

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 6076

Título: La Pícaro Vida

Autor: Joaquín Dicenta

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 13 de diciembre de 2020

Fecha de modificación: 13 de diciembre de 2020

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Pícara Vida

Siempre fue muy cómodo renegar de la vida y hacer de ella renuncia teórica, maldiciendo los disgustos y penalidades que proporciona.

Pero una cosa es predicar y otra dar trigo, como una cosa es llamar a la muerte a voces cuando está lejos, y tenderle amorosamente los brazos cuando se la contempla de cerca.

Tan verdad es esto, que siempre, cuando a las personas que me rodean oigo echar pestes contra la existencia miserable que padecemos los humanos, acude a mi memoria un cuento que mi madre me refería cuando yo era chico, y que puede servir de enseñanza y respuesta a los que piden a todas horas que la muerte venga a librarles de la desdichada vida que sufren.

* * *

En cierto pueblo de Aragón vivían juntos una madre y un hijo.

Era la madre de edad avanzada, muy buena mujer, muy creyente y muy hacendosa a pesar de sus años.

Sólo tenía un defecto: renegar a todas horas de la vida; y era el hijo un clérigo joven, cura del pueblo y hombre de honradas costumbres e intachable conducta.

—¡Dios mío! —decía la madre siempre que encontraba ocasión para ello, y la encontraba a cualquier hora—. ¡Dios mío, haz a mi hijo feliz, conserva su existencia preciosa y no me proporciones el pesar horrible de verle morir, de llevarlo contigo antes que yo muera! Que viva él que es joven, que puede hacer tanto en tu divino servicio. ¡Que viva él!... A mí, señor, a esta pobre vieja que sólo sinsabores y penas ha sufrido en el mundo, llévame ya de él, concédame tu misericordia el descanso que ardientemente solicito. La vida es para mí carga pesada; la muerte fiera, descanso, y yo la recibiría con los brazos abiertos. Venga la muerte para

mí: la recibiré como un bien.

* * *

Dormían la madre y el hijo en dos alcobas inmediatas, cuyas puertas desembocaban en una misma habitación; y en su alcoba era donde todas las noches, antes de acostarse y arrodillada sobre el suelo, repetía la anciana por último su deseo y un ruego de que la muerte acabase con las desventuras de su existencia y respetase la existencia del virtuoso sacerdote.

Cierta noche, a las primeras horas de la madrugada, sintió la vieja un ruido extraño en la habitación inmediata a la suya y le produjo sorpresa aterradora verla iluminada por una media luz amarilla, que, paso a paso, iba avanzando hacia su alcoba.

Era una luz fúnebre, indecisa, espectral. Los dientes de la vieja chocaron unos contra otros a impulsos del terror, terror grande, que subió de punto cuando, alumbrada por los amarillentos reflejos, vio entrar en su cuarto una figura alta, descarnada, huesosa, esqueleto siniestro que empuñaba con una de sus manos guadaña mortífera y recogía con la otra los pliegues de su sudario, que por la rigidez de sus miembros parecía de piedra.

Era la muerte.

—¡La muerte! —exclamó la vieja con espanto.

—Sí, la muerte —repuso el fantasma—. La muerte que a todas horas pides y que compadecida de tus sufrimientos y accediendo a tus súplicas llega a ti, para recogerte entre sus brazos y llevarte a los espacios del no ser. Ven, vas a quedar, al fin, satisfecha.

Y extendió hacia la anciana sus brazos descarnados y fuertes.

El terror de la buena mujer no tuvo límite; sintió renacer en ella vigorosamente el ciego instinto de conservación, sus nervios se crisparon, y su cuerpo, enflaquecido por los años, se estremeció horriblemente.

—¡No! —gritó con desesperación—. No; ¡morir no!... ¡Aléjate, por caridad! He mentido. ¡No quiero morir! ¡Vete!... No te acerques a mí. ¡Escoge otra víctima, si otra víctima te es necesaria!

Y con voz temblorosa, con ansia egoísta de vivir, exclamó extendiendo el brazo hacia la alcoba próxima:

—Allí, en aquella cama está el cura.

Joaquín Dicenta



Joaquín Dicenta Benedicto (Calatayud, Zaragoza, 3 de febrero de 1862 - Alicante, 21 de febrero de 1917), periodista, dramaturgo del neorromanticismo, poeta y narrador naturalista español, padre del dramaturgo y poeta del mismo nombre y del actor Manuel Dicenta.

Estrenó su primer drama en 1888, gracias a la protección de Manuel Tamayo, y escribió numerosas novelas, cuentos y piezas de teatro en prosa y verso. También escribió poesía, aún por recopilar y estudiar, y en su poema Prometeo de 1885 declaró ya su ateísmo. Tras un breve y

frustrado matrimonio, la sociedad le marginó a causa de haberse unido a una mujer gitana, la bailaora andaluza Amparo de Triana, que abandonó la profesión para vivir con el altivo, independiente y pendenciero poeta. Su suerte cambió con el éxito internacional de su drama Juan José que, habiendo sido rechazado por la compañía de Ceferino Palencia y María Tubau, llegaría a ser una de las obras más representadas en España antes de la guerra civil. Así, el 11 de noviembre de 1895 recibió un homenaje de los literatos y periodistas madrileños. En 1889, Dicenta fundó con Ruperto Chapí la Sociedad de Autores, entidad precursora de la Sociedad General de Autores y Editores.